

Salvatore Cándido

## El neorrealismo en la literatura italiana contemporánea



REO que es difícil trazar una visión de conjunto del fenómeno espiritual que, en estos últimos años, se ha manifestado en múltiples campos de la cultura humana, desde la literatura a la pintura, desde el cine al teatro, fenómeno llamado "neorrealismo".

Fué imposible, también, lograr hasta después de cierto tiempo, una visión panorámica de otro fenómeno espiritual muy complejo, el Romanticismo, el cual constituyó uno de los mayores problemas culturales y estéticos del siglo XIX.

Pero, por otra parte, es útil estudiar los elementos de crítica y creo que valga más, sobre todo, escuchar la voz de los máximos intérpretes del neorrealismo. Estos, aunque discordantes, podrán proporcionar buenos elementos a la historia de mañana, cuando este movimiento del espíritu se encuadre, dentro de su esencia, liberado de esa superestructura que en gran parte se debe a la incompleta visión del conjunto, a esa pasión partidista tan aguda en toda contienda literaria.

La crítica, al definir el fenómeno del neorrealismo, que no es solamente característico de gran parte de la literatura narrativa italiana contemporánea, sino que se afirma, también, en gran par-

te de la literatura narrativa internacional, ha indicado una exigencia de mayor adherencia a la realidad que nos circunda, en tal manera que el escritor, el narrador, pueda explotar la realidad eliminando, *a priori*, toda posibilidad de disminuirla y de mimetizarla, manifestando las verdades más duras, aun las más dolorosas, exasperando, a menudo, las llagas más repugnantes, casi como en una manía de búsqueda de la verdad, como si el escritor, participe de este pequeño gran mundo, quisiese descubrir las miserias, manifestar sus dolores, revivir los dramas.

No cabe duda de que la base de este fenómeno espiritual reside en las profundas exigencias de renovación social inherentes al desarrollo de la vida gremial de los últimos decenios y a la mayor participación de la cultura en los problemas y la vida de las masas y, por fin, en la activa participación en la literatura de individuos de las clases más humildes cuyo más vivo anhelo ha sido no mimetizar ni esconder la vida de todos los días, sino que narrarla sin velos y sin hipocresías.

Para reducir el límite de nuestra búsqueda a Italia, veamos, en primer lugar, qué acontecimientos históricos han influido en la formación del neorrealismo bajo aquellos aspectos y fórmulas con que se ha presentado y se presenta en este país.

Desde 1939 hasta 1945 Europa, en Occidente y en Oriente, fué sacudida por ejércitos en lucha; ciudades grandes y pequeñas fueron muchas veces salvajemente atacadas por bombardeos, tropas de guerrilleros se escondieron en los montes o en las casas, combatieron en batallas hasta el último hombre contra los colaboracionistas; los pueblos defendieron sus casas y sus recuerdos; otros pueblos irrumpieron en sus casas y destruyeron, muchas veces, casas y recuerdos.

Y la guerra pasó; en aquellos años o en aquellos meses se creó, en los hombres que sufrieron, una sensibilidad nueva; los aspectos de la vida aparecieron diferentes de aquellos de antes, cayeron y se despedazaron, bajo el avance arrollador de la realidad, ilusiones y esperanzas; el frágil diafragma que separaba las varias clases socia-

les se quebró, en cuanto hombres de la burguesía y gente de la plebe se hallaron mezclados frente al peligro común, se encontraron unidos en la alegría del peligro pasado y vitorearon unidos al vencedor.

Las guerras, las revoluciones, las perturbaciones sociales son factores profundos que influyen en la evolución más rápida de la psicología de las masas y de los hombres que guían a esas masas; entre éstos, antes que otros, surgen los intelectuales, los escritores.

Por cierto sería atrevido afirmar que esta nueva fisonomía literaria se haya manifestado sólo por efecto de la última guerra; pero, sin duda, fué estimulada por ella. Desde varios años, estaba ya en germen en la literatura de todos los países del mundo, así es que se podrían escoger innumerables motivos que anticipan esta renovación.

Sin duda sería un lugar común afirmar que es una característica del hombre moderno, y en particular del hombre que ha sufrido los dolores de la guerra, la facultad de mirar la realidad con ojos nuevos; pero es evidente que el factor ambiente influye profundamente en el fenómeno literario.

En Italia, por ejemplo, los innumerables problemas de la postguerra pesaron profundamente no sólo en el campo de la vida económica, sino también en el campo de la vida espiritual. Una conciencia nueva empezaba a formarse entre los hombres, puesto que habían cambiado las exigencias de la vida.

De este sucederse de sensaciones y de ilusiones debió, fatalmente, salir el hombre nuevo. El hombre, en efecto, que mira con ojos nuevos la realidad, que no la menosprecia ni la sobreestima, sino que la mira con los ojos astutos de la experiencia y templados por el dolor.

No es extraño que en este fenómeno de profunda transformación social y humana participase, en alto grado, la literatura y adhiriesen las clases medias que, en todos los países del mundo, tienen en sus manos las fuentes de la vida literaria y de la cultura.

¿Deberían haberse mecido tras los sueños románticos el nove-

lista, el director de escena, en una introspección interior o acariciar los sueños de un estetismo que había sido superado y dispersado por el redoble de los tambores y el crepitar de la metralla? El artista moderno, hombre que vive de las experiencias y de los dramas de la sociedad que lo circunda, no puede desentenderse de ellos si quiere relatar algo.

Después de esta breve premisa examinemos algunos elementos del fenómeno cultural llamado neorrealismo. Pero es necesario, ante todo, que estemos de acuerdo sobre el valor que debemos dar al término. Estando dicha manifestación cultural todavía en fase de elaboración, estimo que sea muy oportuno anotar el juicio expresado sobre el movimiento por algunos críticos e intérpretes de él para sacar algunas conclusiones, no obstante lo contradictorio de los juicios formulados.

En primer lugar existe acuerdo, en sus líneas generales, en atribuir a los años 1945-1950, por lo que se refiere a Italia, el período de manifestación aguda de dicha corriente; período éste de desarrollo, podríamos decir, oficial, porque la denominación de "neorrealismo" como todos los términos que quieren señalar una época o un movimiento literario, es indeterminada e imprecisa, entre otras cosas.

Nos complace recoger algunas voces de estudiosos y de intérpretes del neorrealismo, voces captadas recientemente con motivo de una encuesta realizada por el crítico Carlo Bo, en la Radio Italiana.

Creo que es muy oportuno interrogar sobre el asunto a los críticos contemporáneos y a los narradores definidos como neorrealistas así como es muy útil, todavía, para definir el Romanticismo, por ejemplo, escuchar la voz de sus intérpretes, desde Berchet a Lamartine, desde Espronceda hasta Lastarria, desde Ochoa a Manzoni.

Escogiendo entre la serie de los entrevistados, quiero fijar mi atención sobre el juicio expresado por críticos muy conocidos como Sergio Solmi, Francesco Flora y Natalino Sapegno, por uno de

los poetas más conocidos, Eugenio Montale, y por tres de los máximos intérpretes de esta corriente, dos vivientes, Elio Vittorini y Alberto Moravia, y el otro, muerto en 1950, Césare Pavese, el cual había expresado, por su cuenta, algunos juicios sobre el neorrealismo literario.

Pero citemos, antes, algunos nombres de escritores que han sido encasillados bajo esta sigla que se revela, ante todo, en los términos de una denominación provisional.

Entre los más conocidos podríamos citar a Alberto Moravia, Elio Vittorini, Giuseppe Bertolucci, Carlo Levi, Domenico Rea, Emilio Gadda, Vasco Pratolini, entre los vivientes; Césare Pavese, Francesco Ióvine, entre los muertos. Podríamos recordar, también, los nombres de Guglielmo Petroni, Oreste Inconato, Salvatore Romano, Italo Calvino, Michele Prisco, Giacinto Spagnoletti, Alessandro Bonsanti, Dino Buzzati, Carlo Bernari, etc. Nombres que dicen poco, en muchos casos, a cada uno de nosotros. Muchos son hombres de la nueva generación, crecidos en el clima de la guerra y de la postguerra, otros de antigua experiencia; pero casi todos, en su mayoría han rehecho, muy a menudo, parte del camino recorrido y han adherido a la exigencia humana de ser ellos mismos y de no mimetizar el descubrimiento de su mundo a través de los funambulismos de siglas y de escuelas.

Escuchemos, en primer lugar, la palabra de un crítico y poeta muy conocido, Sergio Solmi.

A la pregunta: "¿Qué es neorrealismo", Solmi, después de afirmar que las etiquetas sirven sólo para los mediocres y pueden individualizar corrientes y climas de cultura a los cuales sólo la lejanía histórica puede ofrecer carácter de concreción, agrega con clara y precisa determinación: "Si por neorrealismo entendemos cierta participación de la crónica en la literatura y, paralelamente, una atención dirigida hacia ciertos aspectos poco agradables de la realidad, más rudos, enlazados con las condiciones materiales y fisiológicas de la vida y, a veces, una escritura acre y desenvuelta, me parece que tales características corresponden a una tendencia literaria

que se puede definir como inevitable después de las tremendas experiencias de la guerra y de la postguerra, a una necesidad de rescate del espíritu a través de la toma de posesión de verdades integradas y de existencias y situaciones sin luz”.

Tal tendencia, sin embargo, era reconocible también en los años que antecedieron a la guerra; pues bien, la literatura actual tiene enlace con otras del pasado, como, por ejemplo, el naturalismo francés y el verismo italiano de fines del siglo XIX y de principios de nuestro siglo, en los cuales se manifiesta esta tendencia de sinceridad y de examen social.

Francesco Flora, profesor de literatura italiana en la Universidad de Bolonia, el cual, en estos últimos años ha dirigido su ferviente atención hacia los problemas espirituales del mundo contemporáneo, afirma que el concepto de neorrealismo puede acoger todas las tendencias narrativas italianas que surgieron después de la divulgación del decadentismo hasta el existencialismo; él encuentra elementos de poesía aun en los aspectos a menudo repulsivos que busca esta literatura.

Natalino Sapegno, de la misma Universidad, deriva de la tendencia cinematográfica la palabra “neorrealismo” y observa, muy atinadamente, que es imposible distinguir con una misma etiqueta a escritores tan diferentes entre sí: desde el lirismo exasperado y ansioso de símbolos de Vittorini al neorrealismo cerrado y obstinado de Moravia, al croniquismo autobiográfico de fertilísima fantasía de Pratolini hasta la difícil, solitaria, atormentadísima experiencia de Pavese o también hasta el estetismo sabiamente ambiguo y refinado de Carlo Levi.

A estos nombres verdaderamente representativos de la literatura italiana contemporánea, Sapegno agrega los de Ióvine, Vigano, Calvino.

A través de las definiciones de Francesco Flora, quien amplía el fenómeno del neorrealismo hasta considerarlo no ya como la denominación de un estilo sino de una época y de Sapegno quien insiste sobre las particulares y personalísimas características de cada

uno de los narradores, tendríamos que llegar a la conclusión de que el neorrealismo no es una escuela, sino más bien un "estado de alma" como lo definió Nicolás Gallo.

También para Eugenio Montale, poeta italiano muy conocido, la etiqueta del neorrealismo sería de origen cinematográfico, por cuanto, entre otras cosas, la fórmula fué lanzada por Vittorio De Sica, Roberto Rossellini y otros directores de escena italianos. Del bien conocido binomio de folklore y miseria habría derivado, según Montale, la influencia del cine sobre la literatura, influencia que otros desdeñosamente rechazan.

Montale, a continuación, insiste sobre el influjo que el clima político pudo ejercer sobre el ánimo de los narradores y examina agudamente el problema de la correspondencia entre clima político y realidad literaria. "El cambio del clima político después de 1943 —dice Montale—, consiente una mayor libertad de acción y de inspiración. Ello dará ciertamente sus frutos aún si los resultados no han sido hasta ahora extraordinarios". Y Montale continúa: "... a nadie le ha sido posible desentenderse del problema de que evolución política significa renovación de civilización, que comprometía no sólo a los simples electores sino a los hombres... Los escritores, los artistas (es decir los hombres que son más hombres que los demás y que por lo tanto no pueden vivir sin la verdad), han tenido que conquistar la realidad tras los escombros de las mentiras. Todos los escritores, de cualquier convicción política personal, han comprendido que no podían ya más escribir, ni siquiera ya existir como hombres pensantes y militantes, sin aferrar el sentido o por lo menos las nociones de aquello que acontecía bajo sus ojos".

Palabras que nos hacen reflexionar y que, por otra parte, ponen de actualidad los términos de una polémica muy conocida que se desarrolló en muchos países de Europa y de América en los primeros decenios del siglo pasado: la polémica romántica.

Creo que es muy fácil, para nuestra búsqueda, interrogar no

solamente a los críticos sino también a los protagonistas del fenómeno literario del neorrealismo italiano.

Entre éstos, por ejemplo, Elio Vittorini distingue el neorrealismo literario de aquel cinematográfico y observa agudamente que hay una multiplicidad de neorrealismos, debido a las varias fases de desarrollo y a las varias tendencias que se encuentran en los escritores que se agrupan bajo este aspecto.

"... Si decimos que Moravia es un neorrealista —observa Vittorini— no afirmamos nada de críticamente esencial sobre lo que es Moravia. Y así si decimos que Alvaro, que Piovene, que Pratolini son neorrealistas, no expresamos nada de críticamente esencial sobre ellos... A medida que se dicen los conceptos, los debemos llenar de un significado especial. En resumen tenemos tantos neorrealismos cuantos son los principales narradores..."

Vittorini habla, en efecto, de múltiples neorrealismos y, si hablase de otro modo, como agudo investigador que es, restaría prestigio a su personalidad y a su obra, puesto que ningún literato desea ser encasillado dentro de los límites de una escuela literaria, a no ser que sea el reconocido fundador. Cosa imposible en nuestro caso, por cuanto se hacen remontar, sin más, las manifestaciones propias del neorrealismo a bastantes narradores italianos y extranjeros, entre éstos, en forma particular, franceses, rusos, norteamericanos.

La definición del neorrealismo dada por Vittorini adhiere, por otra parte, a las tendencias expresadas, a través de los años, por Vittorini narrador. Se ha hablado, con respecto de su obra, a menudo de realismo psicológico, de lirismo exasperado, de simbolismo, etc. Es innegable que la personalidad de este escritor, nacido en Siracusa el año 1908, es una de las más ricas e impetuosas de la prosa europea contemporánea pero, también, una de las más profundas.

Baste citar su novela *Conversaciones en Sicilia* (1941), considerada por algunos críticos como la obra más lograda, baste citar la última novela *Mujeres de Messina* (1949), ya publicada en una

conocida revista literaria ("Rassegna d'Italia"), dirigida por Francesco Flora, con el título: *El tío Agrippa pasa en tren*.

¿Y quién es el tío Agrippa? Es un pobre hombre que vió escapársele de las manos, en 1943, a la hija, joven y bella, que no supo resistir a la tentación y había seguido, alejándose de la autoridad paterna, tradicional en Sicilia, a los ejércitos que avanzaban desde el Sud, como mujer de todos y de nadie. Este pobre hombre sube al tren, cuando la cosa fué posible, es decir cuando fueron reparados en la mejor forma los puentes, y viaja a través de toda Italia para preguntar a los desconocidos si han visto a su hija; y el escritor toma como pretexto la historia de este viejo enloquecido por el dolor y la miseria para hablar del ansia de vida que aflora de los escombros y de los hombres que quieren, frente a los ejércitos extranjeros que se disputan el dominio de ricas tierras, afirmar el derecho atávico a la libertad y a la vida.

El mismo Vittorini, algunos meses antes, precisamente en 1948, en el prólogo de una de sus novelas, *El clavel rojo*, que había sido publicada por primera vez, por entregas, en la revista "Solaria", en los años 1933 y 1934, escribía estas palabras significativas: "Un libro es un reflejo más o menos directo, más o menos desviado, más o menos alterado de la realidad objetiva".

Eso es la literatura: tiene que proyectarse en la vida, tiene que acoger los anhelos y los aconteceres de la historia.

Alberto Moravia, uno de los escritores más conocidos en los países de habla hispánica, porque, entre otras cosas, ha sido uno de los más traducidos y discutidos, de un año más viejo que Vittorini (nació en Roma en 1907), situado frente a la encuesta: "¿Cómo debe aprovechar la realidad un escritor?", contesta que no es posible decirlo porque no existen reglas ni sistemas. Pero agrega: "Sin embargo, en líneas generales se puede afirmar que un escritor aprovechará la realidad en la medida en que participe de ella. Esta participación debe ser, por lo tanto, literariamente desinteresada, es decir, igual a la de todos los otros hombres, sin intromisiones estetizantes . . ."

En otras palabras, según Moravia, un escritor debe participar en la acción que debe integrar y reconstruir.

¿Pero cuál es el mundo de los personajes de Moravia, o sea, de los personajes más significativos? Como decía Montale, con respecto a los varios neorrealistas, que al definirlos como tales no se ha definido la personalidad de ninguno de ellos, se podría, al mismo tiempo, afirmar que al decir "Moravia" no se diría nada, pues tan profunda y viva es la evolución espiritual y humana de nuestro escritor, desde 1929, en que publicaba, a los 22 años de edad, la famosa novela *Los indiferentes*, con la cual, según muchos críticos (entre otros Luigi Russo) terminó y se definió a sí mismo, hasta el año 1951, en que publica la última novela, *El conformista*. Pero con las últimas novelas asistimos a un proceso de transformación que no se presta para delinear el Moravia más logrado.

Es oportuno hacer mención de un documento importante de Moravia, constituido por su prefacio a la edición japonesa, del año 1950, de su novela más famosa: *La Romana*, publicada en 1947. "*La Romana* —escribe Moravia— describe sucesos italianos con personajes y condiciones italianas; no obstante, tengo la ilusión de que estos personajes, estos acontecimientos tengan un carácter bastante universal como para interesar también a los lectores de Japón. En esta ilusión, me consuela la profunda convicción, conquistada sobre todo en estos últimos años de la guerra y de la postguerra, que no existen fronteras morales, culturales, es decir, humanas, sino solamente políticas y geográficas, y que el mundo es unitario..."

¿Pero qué es *La Romana*? Muchos críticos lo han dicho, en todas partes del mundo, desde cuando, en 1947, esta afortunada novela, ya traducida a muchas lenguas, salió a la luz publicada por el editor Bompiani.

El mismo Moravia nos habla en modo simple y modesto de la criatura de su espíritu. "*La Romana* es la historia de una simple muchacha del pueblo, cogida en el torbellino de acontecimientos acerca de los cuales no estaba en condiciones de comprender la importancia y el significado; y, sin embargo, es guiada en tal confu-

sión por aquel sentimiento de la verdad del corazón que todos los hombres pueden poseer, aun los más humildes e ignorantes. Con *La Romana* he querido crear la figura de una mujer llena de contradicciones y de errores y, no obstante ello, capaz de superar estas contradicciones por la fuerza ingenua de su vitalidad y por el impulso de los afectos, reparando estos errores y llegando a una clarividencia y a un equilibrio que son negados, a menudo, a los más inteligentes y dotados”.

Significativo el mensaje que nos trae Alberto Moravia para señalar la universalidad del arte y de su inspiración.

Para limitar nuestra búsqueda a aquellos escritores italianos que han dado un aporte a la definición y clasificación del neorrealismo, dejando para otra ocasión el examen de las obras de escritores sobresalientes de esta corriente, deseo concluir mi investigación, necesariamente breve, con el juicio que sobre el neorrealismo expresó uno de los narradores más profundos y eficaces de la literatura italiana contemporánea, un narrador que después de su muerte se va imponiendo aún más a la atención del público y de la crítica por su sensibilidad, caracterizada por una profunda penetración psicológica y filosófica y por la agudeza con que supo mirar en lo íntimo de los problemas del espíritu; se trata de Césare Pavese, nacido en la provincia de Cuneo, en el Piamonte, el año 1908, coetáneo, por lo tanto, de Moravia y de Vittorini. En agosto de 1950 este escritor ponía trágicamente fin a sus días, en Turín.

De Pavese, que llegó a los campos de la novela desde los prados floridos de la poesía y traía en su trabajo el ansia del descubrimiento, más bien que la búsqueda de un mundo nuevo, saturado de inflexiones profundas de tristeza, se recuerda un juicio muy certero sobre su neorrealismo. El había escrito, en efecto, poco antes de su muerte: “El neorrealismo no tiende, como alguien podría temer, a limitar el discurso poético, porque, al contrario, dirige resueltamente la inspiración hacia el panorama histórico universal y lo invita a complacerse de esta multiforme realidad humana. Ningún tema humano es, por principio, negado al neorrealista”.

Ningún tema humano, dice Pavese. Y los temas humanos él los afrontó, abundantemente, en sus novelas, como otros neorrealistas. Estos temas humanos llegaron a ser, muchas veces, argumento de historia y se tiñeron poética y, a veces, dramáticamente en la historia contemporánea de Italia. Y si Italia es aquella de la última guerra y de la postguerra, es aquella de la lucha de guerrillas y de la lucha por sobrevivir, es, muchas veces, aquella de la fuga frente a las bombas o de la fuga ante los fascistas o ante los guerrilleros que persiguen para matar o huyen para no ser matados; es la misma Italia de la cual hay un antecedente en la prosa narrativa de Ióvine (*El pastor sepultado*, de 1945, *Todos mis pecados*, de 1948, *Las tierras del Sacramento*, de 1950); de la cual había una anticipación en el libro de Carlo Levi: *Cristo se detuvo en Eboli*, de 1946; es la misma Italia de la lucha a cuchillo entre dos grupos que se cobijaron alrededor de dos banderas y en la más dramática de las luchas civiles esperan el momento de una liberación cualquiera; es la Italia de *El conformista*, de Moravia, que mata porque un orden desgraciado se lo manda, o la Italia del tío Agrippa que va en tren en busca de su hija perdida en la tormenta de la guerra y en la desolación. Y también Pratolini, Berto (*El cielo está rojo*) y los jóvenes directores de escena italianos han tratado de captar en el pueblo la esencia profunda de su angustia, de su caída, pero también los síntomas de su renacimiento.

Temas y motivos de la guerra y de la postguerra se pueden leer en gran número en las novelas de Pavese, por ejemplo, en *El compañero*, de 1947, en *Antes que el gallo cante*, de 1949, en *El bello verano* (1949) que recoge tres novelas (*El diablo en las colinas*, *Entre mujeres solas* y *El bello verano*), en *La luna y las boqueras*, de 1950, recientemente traducida al castellano.

El mundo de la prosa italiana contemporánea es, en verdad, uno de los más vastos y de los más dramáticos. El neorrealismo italiano logra expresar un mundo en fermentación, un mundo viejo y nuevo examinado con ojos nuevos y con un sentido a menudo exasperado de realismo. Motivo de sarcasmo superan, muchas veces,

los elementos del humorismo; pero entre los escombros surgen las flores de la poesía.

Para concluir nuestro rápido examen de este complejo fenómeno literario, podemos decir que entre sus motivos fundamentales hay uno, antiguo como el hombre, vale decir, el amor de sinceridad que el arte evoca y anima. No cerrar los ojos, como propugnaba el novelista italiano Giovanni Verga (1840-1922), a quien el neorrealismo mira como a su maestro, frente a los espectáculos de dolor que encierra la humanidad; narrar la vida del mundo sin infatuaciones polémicas, por el deseo de contribuir a hacer mejores a los hombres.

Cuando esta misión se realice, entonces sí que la literatura se introducirá más decididamente en la vida y el literato no se separará de la realidad que lo circunda, sino que vivirá de ella en un anhelo de descubrirse a sí mismo en la vida del mundo.

Esta es la enseñanza que puede ofrecer la literatura narrativa italiana contemporánea que la crítica de nuestro tiempo quiere llamar neorrealista.